

DOMINGO IV DE PASCUA (CICLO A)

Este domingo de Pascua es conocido como el del «Buen Pastor». Jesús nos dice que es la puerta. Y lo dice en un doble sentido. Por una parte, los verdaderos pastores del rebaño, aquellos que lo instruyen según la voluntad de Dios, han de pasar por Jesucristo. Al mismo tiempo, todo el rebaño ha de entrar y salir por Jesús. Podemos decir, pues, que un auténtico ministro lo es cuando actúa en Jesucristo y, al mismo tiempo, que la salvación sólo llega a cada hombre a través de Jesucristo.

Toda acción ministerial, apostólica, caritativa que se separe de Jesús es vacua, lo mismo que una oración que no se dirige al Padre por mediación de su Hijo.

Esta centralidad de Jesucristo es tan importante que los sacerdotes cuando actúan ministerialmente lo hacen «en la persona de Jesucristo». De ahí que sus acciones ministeriales estén garantizadas por la Iglesia.

Ya en los inicios del cristianismo algunos, creyendo purificar la fe, la tergiversaron. Así, Donato y sus seguidores decían que la validez de los sacramentos iba unida a la santidad del ministro. A ello, con la claridad de un Padre de la Iglesia, respondió Agustín diciendo: «Cuando Pedro bautiza es Cristo quien bautiza; cuando Judas bautiza es Cristo quien bautiza». Por eso, ni el ministro puede separarse de Jesús para cumplir su misión, ni los fieles deben buscar en sus sacerdotes y obispos a otro que no sea Jesús. No deja de ser significativo que en la liturgia el sacerdote se revista totalmente con los ornamentos para, así, apartar la atención de su persona y facilitar que se ponga en el Señor. Se trata, de volver a Jesús, pastor y guardián de vuestras vidas.

Hoy es un día para valorar a los sacerdotes y pedir por ellos, pero también para obtener el don del desapego. Hemos de dar gracias a Dios por todo el bien que nos hace a través de sus ministros pero, al mismo tiempo, tenemos que pedirle que sea Él nuestro auténtico guía.

Santa Teresa de Lisieux, que vivía en el corazón de la Iglesia, descubrió que, en medio de todo, Jesucristo era su único Maestro. Escribió: «Jesucristo es mi Maestro. Él me revela el Evangelio que necesito para vivir, para crecer en la fe».

Y san Juan de la Cruz se lamentaba del daño que hacían algunos Directores de almas al no saber conducir a sus tutelados según la voluntad de Dios.

Por eso hay que pedir por la santidad de los sacerdotes, que nos serán de mayor ayuda cuanto más unidos estén a Jesucristo, el Buen Pastor.

En este día pedimos por las vocaciones y lo hacemos conscientes de que, como enseña el Catecismo, «el sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio común de los fieles».

Pidamos a la Virgen Santísima, Madre de los sacerdotes, y a San José, Patrón de la Iglesia Universal, sacerdotes santos para la vida de santidad a la que estamos llamados en Cristo.